

# Sueños rotos

Jordi Sierra i Fabra



Algar Joven

La fuerza de la amistad contra una tradición represiva

## DEL DIARIO DE ELSA

*Creo que antes de que sucediera lo de Niaga, estábamos muertos.*

*No sé cómo explicarlo. Tampoco quiero dar detalles o nombres. No deseo que se nos reconozca. Ni el cole, ni el pueblo. No vale la pena. Bueno, según el alcalde y los demás pontificantes, ni siquiera es un pueblo. Es una ciudad pequeña. Un eufemismo como otro cualquiera.*

*Muertos, muertos, muertos. Ni siquiera nos dábamos cuenta. No lo sentíamos así. Pero ahora lo veo claro.*

*Y lo estábamos porque no hacíamos nada. Nada. Es aterrador. No sé si me explico. La vida nos pasaba por delante, por los lados, por encima, por todas partes menos por nuestro interior. Y nosotros la veíamos correr como corre el AVE por las vías, a toda velocidad y sin detenerse, aunque por entonces la vida se nos antojaba muy, muy lenta, una sucesión de horas, días y semanas que no iban a ninguna parte.*

*Yo me sentía vacía. A pesar de mis sueños, me sentía vacía porque creía que los sueños no eran más que eso: ilusiones perdidas, inalcanzables.*

*Vacía y sin ánimo de hacer nada para cambiarlo.*

*¿Hacer qué?*

*Tenía quince años.*

*Era nuestro momento y lo estábamos dejando pasar. Se nos escapaba. La mayoría de nosotros no tenía ni idea de qué haría al terminar de estudiar. ¿Trabajar? ¿En qué? ¿Allí, en el*

*pueblo... perdón, en nuestra «pequeña ciudad»? ¿Marcharnos a Barcelona o Madrid, como tantos, como tontos? ¿Seguir estudiando sólo por no enfrentarnos a la vida y continuar en casa comiendo la sopa boba hasta los treinta? ¿Casarnos con el novio «de toda la vida» y repetir los clichés de nuestras madres? ¿Por Dios! Se supone que a los quince sentimos rabia, estamos llenos de furia incontrolable. ¿Pero de qué sirve lamentarse si no se hace nada? Cinco días de la semana eran vulgares, monótonos, repetitivos. Hacíamos lo mismo, como autómatas. Los dos siguientes, los que se suponía que tenían que ser diferentes, acababan siendo peores, más estúpidos. Salir, dar un paseo, oír música, con suerte ir a la disco «para adolescentes» por la tarde, refugiarse en el pedregal, hablar de chicos, hablar de chicas... En un abrir y cerrar de ojos ya era lunes otra vez.*

*Vivíamos en una trampa.*

*Una trampa hecha por nosotros mismos.*

*Ciegos, sordos, mudos.*

*Y entonces sucedió lo de Niaga.*

*«Lo de» Niaga.*

DÍA 1, VIERNES  
ANTES DE LA TORMENTA

La buscó al salir del edificio y no tuvo que esforzarse mucho para localizarla. Por entre el centenar de cabezas diseminado por el patio, la suya destacaba con intensidad.

Su piel negra, tan negra.

Su cabello preciosamente esculpido.

—¡Niaga!

La chica se detuvo. Miró hacia atrás y expandió en su rostro aquella sonrisa tan habitual y característica. Una sonrisa que rompía la negritud de su piel con el contraste de sus dientes blancos y grandes, casi tan grandes como sus labios.

Se detuvo y la esperó.

Elsa apretó el paso. Esquivó a un par de grupos de alumnos y alumnas y la alcanzó mientras su rostro también se iluminaba. Una frente a otra, el contraste de sus pieles era aún mayor. La de Elsa era blanca, como la de la mayoría de las pelirrojas. Blanca y moteada de pecas rojizas. Una noche y un día frente a frente.

—¿No me esperabas?

—Creía que estabas liada.

—No. ¿Vamos?

Echaron a andar en dirección a la salida del instituto. Se percibía un aumento de alegría por doquier, una exaltación imparabile y contagiosa. Por un lado, era viernes. Por

el otro, los exámenes habían terminado. Quedaban apenas unos días para las vacaciones.

Más tiempo libre, la piscina, quizás nuevas emociones... Aunque eso era más improbable.

Cruzaron la cancela exterior y pisaron la calle al otro lado del recinto escolar. Ellos lo llamaban «la frontera». Un enjambre de motos y coches aguardaba algunas recogidas. Tomaron su izquierda y apenas si hablaron hasta que el murmullo, los gritos, todo quedó a sus espaldas.

Entonces sí se sintieron libres.

—¿Qué harás este fin de semana?

Elsa lo meditó. Era una pregunta con trampa. Una pregunta repetida por lo general todos los viernes. O se la hacía Niaga o se la hacía cualquier otro o se la hacía ella misma. Sin olvidar a Carlota, aunque ella siempre lo tenía todo más claro.

Se encogió de hombros.

—Portarme bien y ser simpática con mi padre, por si acaso me ha quedado alguna.

—¿Tú? —se burló Niaga.

—No lo tengo nada claro en matemáticas. No soy tan buena como otras —la pinchó dándole un mayor énfasis a las últimas dos palabras.

—¿Qué culpa tengo yo si me gustan?

—Mira que eres rara.

—¡No soy rara! —le dio un golpe con la cadera que la hizo trastabillar.

Lo era, pero no insistió.

Quizás fuese por ser simplemente lista, pero también podía deberse al hecho de tener allí una oportunidad que, seguramente, en su país jamás habría disfrutado.

Niaga era muy inteligente.

Por eso le gustaba y se sentía bien con ella.

Más que con ninguna otra de sus amigas, salvo Carlota, porque era diferente del resto por su talante y su eterno buen ánimo. Aunque con Niaga no podía salir a pasarlo bien. Sus padres, su religión, sus costumbres, todo era tan distinto.

Un abismo.

–No me has dicho qué harás –insistió Niaga.

–Si es que no lo sé.

–Alguna idea tendrás.

–¿Por qué no te escapas por la ventana una noche y te vienes con Carlota y conmigo...?

La chica africana la miró como si se hubiera vuelto loca.

–¿Quieres que me maten?

–No lo harían.

–Vale, pero la paliza y el castigo no me los quitaría nadie.

–No se enterarían.

–Ya.

–Además, los castigos físicos están prohibidos. Esto es España. Hace poco un chico denunció a su madre por haberle pegado y casi le quitan la custodia.

–Esto será España, pero yo soy gambiana.

–Algún día... –se desesperó Elsa.

–Algún día, eso –sonrió cansina su amiga. Y cambió el sesgo de la conversación para preguntarle:– ¿Saldrás con Roberto?

Roberto.

–Supongo –se encogió de hombros.

–Vaya entusiasmo.

–Bueno, no sé.

–¿Cuánto lleváis juntos?

–Tres años.

–¿Desde los doce?

–Más o menos. Tampoco es que entonces fuéramos novios.

–En mi tierra ya estarías casada.

Elsa se estremeció.

–Y tú también –le recordó.

Se miraron y rompieron a reír, las dos, con ganas. Una explosión de hilaridad llena de fuerza.

Libres.

Elsa ya había cumplido los quince hacía siete meses. Niaga lo haría en pleno verano, un mes después. Pero estaban juntas en la misma clase porque a fin de cuentas llevaba ya diez años en España. Apenas si le quedaba acento de su tierra, aunque en su casa hablaba la lengua de su pueblo con sus padres, sus tres hermanos y su abuela materna. Otro hermano se le había muerto al poco de realizar el gran viaje en busca de una vida mejor.

Una vida mejor en España sin renunciar a su pasado.

Anclados en él.

A veces, Elsa la miraba tratando de ver más allá de lo que expresaban sus ojos, sus palabras o sus gestos.

Niaga era tan alta como ella, y estaba mucho más desarrollada. Era una mujer completa, busto grande, caderas anchas. Los de la escuela, los del mismo pueblo, la encontraban horrorosa, fea, por su piel tan negra y brillante, por su desmedida boca, las generosas facciones de su rostro o la manera en que esculpía su pelo. A Elsa, en cambio, le

parecía guapa, exótica. Era felina, llevaba en su sangre la huella de sus ancestros africanos. No tenía nada que ver con ninguna otra de sus amigas.

También por eso se sentía especial a su lado.

Y la defendía cuando algunas se burlaban de ella.

–Es inteligente, vale, pero ¿de qué le servirá?

–Acabará en su pueblo, con diez hijos y arando la tierra.

–Nunca sale de casa, está como prisionera. Si es tan lista, ¿por qué no se rebela?

Las demás no entendían nada.

Cada cual tiene un origen y no puede hacer gran cosa para escapar de él.

Al menos con facilidad.

Y menos aún cuando no se tienen todavía quince años.

–¿Y Lorenzo?

Elsa sintió un cosquilleo por todo el cuerpo.

–¿Qué pasa con él?

–¿Has visto cómo te mira?

–Bueno, sí, un poco... –convino–. Lleva dos o tres semanas...

–Yo diría que más.

–No me he dado cuenta –el cosquilleo aumentó.

–Es tan dulce –suspiró Niaga–. Dulce y tímido.

Lorenzo había dado un cambio brutal, enorme. En apenas unos meses había pasado de ser un niño, con cara de niño, mentalidad de niño y juegos de niño, a convertirse en un nuevo ser, adolescente al fin y al cabo, pero más maduro, con voz grave, estatura, cuerpo, incluso imagen.

De pronto era guapo.

–Yo creo que se ha fijado en ti –insistió Niaga.



–Lo pondré en mi lista –ironizó ella.

Llegaron al punto en el que se separaban. Elsa seguía calle arriba, en dirección a la parte alta. Niaga doblaba a la derecha, rumbo a la zona más humilde, donde se concentraba la emigración de la localidad y la barriada de las Casas Nuevas.

Otro eufemismo.

Las Casas Nuevas se habían construido en pleno desarrollismo de la España franquista, allá por la década de 1960. Se caían a pedazos, pero seguían llamándolas las Casas Nuevas.

–Chao –se despidió la primera Niaga.

–Chao –dijo Elsa.

Y la vio alejarse, flexible como un tallo, con sus grandes zancadas poco femeninas, a veces tan extraña allí como un marciano en plena calle Mayor.

Mientras caminaba aproximándose a su casa, Elsa pensó en lo que acababa de decirle Niaga.

Lorenzo.

Sí, la miraba. Se había dado cuenta. Y también Carlota. Hay miradas y miradas, y la de Lorenzo empezaba a ser de carnero degollado. La mirada que se le lanza a alguien a quien se ama, con quien se sueña. La mirada del *cuelgue*.

¿Quién no la había tenido en algún momento, viendo a una estrella del pop o a ese vecino que de pronto te arrebató el corazón?

Pero ella estaba con Roberto.

Siempre había estado con Roberto.

¿Desde los doce años? No, parecía toda la vida.

La costumbre.

Hasta sus familias los daban por casados, y tan felices.

Lorenzo era tan tímido, tan apocado y al mismo tiempo tan misterioso y reservado, por más que allí se conocieran prácticamente todos, o casi todos.

A Niaga nadie le iba detrás.

Ningún chico.

Aunque los más asquerosos bromeaban con su boca, su potencial sexual, las falsas leyendas acerca de que los negros eran distintos, olían diferente y...

Eran unos idiotas.

Racistas.

Algún día iría a África. La recorrería de norte a sur y de este a oeste. Bueno, suponiendo que no hubiera ningún país en guerra, porque en todos parecía existir un conflicto que periódicamente se recrudecía y dejaba un saldo de miles de muertos. Y no sólo soñaba con recorrer África. También Asia, Oceanía y, muy especialmente, América del Sur.

Quería viajar.

Salir de allí y pasar a ser ciudadana del mundo.

Lo malo era que Roberto no hacía otra cosa que pensar en trabajar cuanto antes en el restaurante de su padre, más de lo que ya lo hacía ayudando a todas horas, ganar dinero y...

¿Y qué?

¿Por qué se sentía tan insegura desde hacía dos o tres meses?

¿Otro cambio?

¿Por cuántos tendría que pasar antes de sentirse en paz, equilibrada y satisfecha con su cuerpo, consigo misma, con su mente, con el maldito universo entero?

Ojalá Niaga pudiera salir de su casa. No ya de noche, hasta la una o las dos, como ella siempre y cuando estuviera localizable y con el móvil a mano. Bastaría con que pudiera hacerlo por la tarde, para escuchar música o pasear o ir al cine. Ojalá sus padres no fueran tan fundamentalistas, tan radicales.

Niaga decía que bastante hacían con dejarla ir a la escuela.

Elsa se estremeció.

A medida que descubría el mundo, y se interesaba por otras culturas y otras tierras, más se le antojaba que era tan hermoso y fascinante como amargo y duro.

Quizás para viajar tendría que meterse en Greenpeace o trabajar en el National Geographic.

Sueños, sueños.

Entró en su casa sintiendo uno de sus ataques de frustración habituales. Un peso angustioso que cargaba sobre sus hombros y la aplastaba, la empequeñecía. Su vida era un erial. Se sentía prisionera de la nada, del vacío más absoluto. Quince años de lo mismo.

Ni siquiera estaba enamorada.

Tenía «novio», sólo eso.

Pero no estaba enamorada.

No sentía aquello de lo que hablaban los libros o veía en las películas, por más que supiera que en la pantalla todo era de color de rosa y las novelas habían surgido de la imaginación de alguien. No sentía pasión, no experimentaba

deseo, no contaba las horas, no se le erizaba el vello cada vez que Roberto la miraba o la besaba.

Se estudió a sí misma en el espejo del recibidor.

Allí estaba ella.

Decían que era exótica, guapa, divertida, y que estaba un poco loca, como si eso, en lugar de ser maravilloso, fuese algo malo.

—Elsa, ¿eres tú?

—No, mamá. Soy el asesino a sueldo que va a matarte.

—¡Ay, calla! Siempre dices unas cosas.

—¿Quién quieres que sea, vamos a ver?

Su madre apareció en medio del pasillo, quizás para estar segura.

—Pues tu padre, no sé.

—¿A esta hora? ¿Desde cuándo papá deja de trabajar y llega temprano a casa?

—Venga, pon la mesa y calla.

—¿Y Jacinto?

—En su cuarto.

—Pues que la ponga él, ¿no? —se enfadó—. ¿Por qué siempre he de hacerlo yo? ¿Qué pasa, ya estás criando a otro machista como papá-yo-según-qué-no-lo-hago-porque-no-es-cosa-de-hombres?

Su madre no la entendió.

Frunció el ceño como si acabara de hablarle en chino.

—¡Ay, mira, no quiero discutir!

Y regresó a la cocina.

Elsa se metió de cabeza en su habitación, dejó la mochila, se quitó la cazadora, que ya empezaba a estorbarle porque el calor apretaba, y se dispuso a ir al cuarto de baño.

De pronto se detuvo.

La mesa no estaba como la había dejado.

Alguien había estado allí, removiéndolo todo.

—¡Maldita sea! —apretó los puños.

Cuando salió, gritando el nombre de su hermano, dispuesta a pelearse con él y a enfrentarse a su madre y a quien hiciera falta, porque por alguna extraña razón ella siempre le defendía, hubiera asesinado a alguien, al primero que se le pusiera por delante.

Ni paz ni buen rollo.

—¡Jacinto! —aulló su voz a pleno pulmón.

La pelea con Jacinto, la pelea con su madre, el mal ambiente... El silencio en la casa era el mismo que el que debía de flotar en pleno Polo Norte en un día de calma.

Frío.

Y es que no había forma. Pasara lo que pasara, se las cargaba ella. Jacinto era un santo. Sólo su madre creía algo así, porque media calle y medio pueblo ya se le habían quejado por algo. Pero le defendía siempre.

—Es un chico muy vivo, eso es lo que pasa.

Once años de «vida».

Un infierno constante.

—¿Por qué tiene que entrar en mi cuarto? —había protestado de manera inútil dirigiéndose a su madre directamente.

—¡Buscaba una goma de borrar! —se defendió él.

—¿Y para eso tienes que revolverlo todo?

—¡No la encontraba!

—¡Ya!

—¿Qué querías, que no hiciese los deberes, el pobre?  
—habló por fin la mujer.

—¿Por no poder borrar algo no iba a hacer los deberes?  
—Recordó lo más importante de pronto y aún se enfadó más:— ¡Y qué deberes ni qué niño muerto, si ya no tenemos nada que hacer en el cole! ¡Estaba revolviendo mis cosas!

Lo peor, encima, la sonrisita de su hermano.

—¡Te voy a...!

—¡Ya está bien, Elsa! ¿Quieres parar? ¡Desde luego, últimamente estás insoportable!

Eso había sido todo.

Encerrada en su habitación, furiosa, rabiosa, con aquel sentimiento de impotencia invadiéndola de arriba abajo, en lo único que podía pensar era en el verano y todas sus promesas, aunque lo más seguro es que acabara pasándolo como todos los anteriores, el verano de sus catorce años, el de los trece, el de los doce...

Roberto no llenaba más que un pequeño espacio de su vida. Cada día lo tenía más claro.

Sin ilusión...

Y aún así, un verano siempre era algo especial.

Decían que la vida tenía sorpresas.

Quiso asomarse a la ventana y gritar:

—¡Eh, vida, estoy preparada!, ¿vale?

Pensó en Niaga.

La de ella, siendo mucho menos complicada, quizás sí era más feliz.

Por lo menos Niaga vivía en su inocencia.

Siempre contenta, siempre riendo, siempre dichosa.